



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 28.

JUEVES 8 DE SETIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA UN AÑO 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL HOMBRE Y SUS OBRAS: (estudio de las pasiones), por Aureliano Ruiz.—LOS AMORES DE UN PINTOR: (Continuación.)—DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS OCCIDENTALES: (Conclusion), por Mariana.—EL JARDIN DE IRENE: (tradición árabe), por A. Jerez Perchet.—LA AZUCENA.—LO COMPRENDO: letrilla, por Pedro F. Reymundo.—ARMONIAS, por A. R.

## EL HOMBRE Y SUS OBRAS.

(ESTUDIO DE LAS PASIONES.)

Así como Dios ha impreso en todas sus obras un sello de magestuosa superioridad é incuestionable grandeza, que se nos revela de continuo y se admira por donde quiera tendamos la vista, en la inmensa serie de sus innumerables creaciones, ya sea que las contemplemos á la diáfana luz de la espiritualidad, ó á los candentes rayos del materialismo; así el hombre, aprovechándose de su natural talento, cultivado con mas ó menos fruto, con mayor ó menor fortuna y con preocupaciones de índole diversa; así el hombre, repetimos, imprime igualmente en sus obras todas, á la vez que la medida de su inteligencia, los quilates de su juicio, los buenos ó depravados instintos de su corazón, y la grandeza ó pequeñez de su alma.

Pocos, muy pocos son los hombres cuyos escritos ya públicos, ya privados, no se resientan de la pasión que les domina, de la educación que han recibido, de la sociedad que han frecuentado, ó del espíritu de la época en que existieron. Por eso son tan escasos los buenos historiadores, y mas escasas aun las historias de los acontecimientos que se vienen sucediendo sin interrupción en la vida de las individualidades, de los pueblos, de las naciones y de las razas todas. Por eso la mas verídica historia es aquella que el tiempo con su lógica inflexible é irrecusable se encarga de

consignar en los anales de la humanidad, y que escrita con la experiencia de los hechos, no deja campo ni lugar á la duda, á las encontradas opiniones, á la pasión ó al fanatismo.

Los siglos que han pasado y los acontecimientos que en ellos se han sucedido, pareados y de consuno se han encargado de enseñarnos los que ellos y solo ellos pudieran enseñar, de una forma y manera tan concreta como autorizada: y sin embargo, el hombre, con su orgullo, que es la pasión que mas domina todo su ser, ha venido á arrojar sobre las gloriosas representaciones de los pasados tiempos, toda la hiel que ha goteado en su alma el fanatismo dominante.

Porque no hay que dudarlo; el fanatismo siempre imperante, ciego, obcecado, irracional, reinó en el campo de la religión en las pasadas edades, con las mismas fases absolutas y tiránicas con que reina en el mezquino campo de la política, en el desventurado período que corremos.

Es decir, que el hombre, ó para mejor inteligencia, sus pasiones, aunque sostenidas con los mismos caracteres, han degenerado; pues á un ídolo religioso han sustituido el ídolo de su idea, de su capricho, de su conveniencia: mas claro: mírese por el lado que se quiera; á la filosofía ultramontana sustituyen la filosofía pirrónica; al principio, un fin; á una verdad exagerada, un sofisma mas exagerado aun; á la fe que salva, el egoísmo material que aniquila.

No todos los hombres no tienen el mismo temple de alma, ni la misma elevación de inteligencia, para poder apreciar debidamente y sin bastardas miras, las causas influyentes de los grandes cataclismos que han transformado las sociedades desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Escritores hay que para ilustrar un hecho terrestre, por ejemplo, se elevan á las altas regiones de lo infinito; mientras que por el contrario, los que debieran elevarse para pro-

fundizar las ideas levantadas, se arrastran por el lodo de los lugares mas triviales, manchando muchas veces las brillantes vestiduras con que engalanan sus elucubraciones.

Los hombres del siglo XIX nos hemos apropiado tantos honores y hemos regalado tantos títulos de gloria á nuestra época, que hay que temer con fundamento que las edades venideras nos los arrebaten con la misma facilidad con que los hemos adquirido.

Hablamos de todo y para todo, desde una altura que soñamos ocupar y que en realidad no ocupamos.

Queremos que nuestra opinion sea la única que impere, sin considerar que acaso pueda ser la mas errónea, por lo mismo que es la mas absoluta.

Tenemos siempre en boca las palabras de progreso é igualdad, y cada día retrocedemos un paso en el estenso camino de los adelantos de la humanidad, y á cada momento levantamos nuevas barreras entre las clases y condiciones en que están divididas las sociedades modernas.

Bárbaros apellidamos á los antiguos conquistadores, y las conquistas modernas, principiando por las del coloso del siglo y concluyendo con la dominación inglesa en la India, no pueden presentar un solo hecho ni un solo rasgo humanitario que se asemeje á los muchos rasgos y hechos, que como timbre de su gloria imperecedera, nos legaron los invictos capitanes de los siglos XV, XVI y XVII; y entre los que ocupan un lugar distinguido las hazañas caballerescas á que dió lugar el asedio de Granada por el ejército de los católicos monarcas Fernando V é Isabel I.

También é igualmente bárbaros llamamos á los creadores de esas gigantescas obras del arte, que nos complacemos en admirar y en destruir, para hacer alarde sin duda, de nuestros decantados adelantos y de nuestra cuestionable superioridad.

Y es que la pasión mas dominante del cora-



zon humano, el orgullo, está demostrado siempre por las obras del hombre.

Es que impera ciego, obcecado, irracional, el fanatismo; religioso en los pasados tiempos, político y filosófico en los que atravesamos.

Y conste, que no somos pesimistas; que nuestra educación, nuestros estudios predilectos y nuestra larga permanencia en un país regido por la democracia, nos ponen á cubierto de la tacha de retrógrados con que se quisiera increpar nuestros humildes escritos, desposeídos por otra parte de ulteriores resultados, y de pretensiones literarias ó filosóficas.

Esto sentado, resumidos, viniendo sobre nuestros pasos, como la embarcación que puesta á flote, recalca al fin en el puerto de su procedencia; con el mismo pensamiento que sirve de introducción á nuestro artículo; porque es indudable que así como Dios ha impreso en todas sus obras un sello de majestuosa superioridad é incuestionable grandeza, que se nos revela de continuo y se admira por donde quiera tendamos la vista, en la inmensa serie de sus innumerables creaciones; ya sea que las contemplemos á la diáfana luz de la espiritualidad, ó á los candentes rayos del materialismo; así el hombre, aprovechándose de su natural talento, cultivado con mas ó menos fruto, con mayor ó menor fortuna y con preocupaciones de índole diversas; así el hombre, repetimos, imprime igualmente en sus obras todas, á la vez que la medida de su inteligencia, los quilates de su juicio, los buenos ó depravados instintos de su corazón y la grandeza ó pequeñez de su alma.

AURELIANO RUIZ.

## LOS AMORES DE UN PINTOR.

(CONTINUACION).

V.

¿Qué había visto? ¿Qué objeto pudiera haber llamado su atención hasta el punto de arrancar de aquel corazón sencillo y puro un dulcísimo suspiro, y obtener una mirada de sus ojos?

Lo ignoramos.

En el sotabanco de enfrente, y casi á la altura del tejado solo se distinguía una gran muestra de madera con el siguiente epígrafe: EDUARDO, PINTOR. Nada vimos en las ventanas, y solo al través de sus vidrieras pudo notarse el reflejo, cada vez mas débil, de una luz que paulatinamente se apartaba.

Si la curiosidad os hace penetrar en esta morada, compuesta de varias piezas altas, blancas y espaciosas, hallareis que en ella reina la tranquilidad mas envidiable, observándose en todas cierta simetría particular unida á la sencillez.

Y en aquel mismo momento vereis á un joven de veinte y tres á veinte y cuatro años alto, pálido, delgado, severamente vestido de negro, y en cuyos grandes ojos sombreados de largas y sedosas pestañas, así como en su frente pálida y serena, revelábase la inteligencia y el fuego de la mas lozana imaginación; su nariz era correcta, y su bigote escaso aun, pero sedoso y brillante como sus largos cabellos, se retorcia ligeramente sobre las líneas de su boca fresca, pequeña y de labios encendidos, prestando á su semblante la mas encantadora espresión; algun pensamiento risueño y dulce debía acariciarle en aquel instante, porque merced á los reflejos trémulos y suaves de una bujía que llevaba en su mano blanca y levemente sonrosada, mientras adelantaba á paso lento por aquella estancia, como si algo le preocupara, pudo notarse que en sus labios vagaba la mas encantadora sonrisa, dejando entrever dos hileras de dientes, cuya blancura y esmalte pudiera competir con el nácar y la perla.

Eduardo atravesó con paso lento aquella estancia en cuyo centro se alzaba un caballete de madera blanca y en cuyas paredes se veían

magníficos y delicados cuadros así como grandes bustos de yeso, tales como los de Velázquez, Murillo, Vandick y Rafael: llegó á otra rodeada de estantes atestados de volúmenes y pasó luego á una mas reducida y en la que no había otros muebles que algunas sillas de paja, una mesa de pino sin barnizar, un velon de hojadelata, y una jaula suspendida del techo, en la que dormía tranquilamente un ruiseñor. Los primeros reflejos de la bujía cayeron sobre el semblante de una anciana que, á pesar de sus muchos años, conservaba rasgos y señales de la mas extraordinaria belleza; sus cabellos, blancos como el copo de la nieve, coronaban su frente venerable, y su boca, su rostro, su nariz, idéntico en perfiles á los de Eduardo, parecía dilatarse al sentir los pasos del que se acercaba. Sus ojos... ¡ay! sus ojos nada veían, y solo eran fuente de lágrimas para la pobre madre que en otro tiempo pudo admirar á su hijo, único sosten de su ancianidad, y estasiarse al ver que la sonreía ó la miraba de esa manera dulce é inesplicable que arranca del corazón maternal una lágrima de ternura, un suspiro, en que sube envuelto el perfume del mas puro amor; un acento cariñoso, que lleva en sí los mas deliciosos acordes de los sentimientos del alma. A su lado con las manos estendidas y su negro hocico apoyado sobre ellas dormía ó parecía dormir un magnífico perro de Terranova.

—¡Madre mía! dijo Eduardo inclinándose hasta besar la frente de la anciana.

El perro, como si tuviese envidia de aquella caricia, se levantó sobre sus patas y sacudiendo su hermosa cola, vino á apoyarse en los hombros de Eduardo.

Eduardo lo acarició largo rato, y el perro satisfecho ya, tendióse de nuevo á los pies de su ama.

—¡Hijo mío! me parece que hoy te has detenido mas en el estudio. ¿Estás triste? ¿te ocurre algo? Dímelo, dímelo, por Dios. ¿Te sientes malo?

—No, mamá, no; es que me asomé á la ventana y esta noche no sé por qué me ha parecido la luna, el cielo, las montañas que se pierden en el horizonte, los campanarios de las iglesias, todo en fin, mas poético, mas hermoso que otros días; luego he visto... no sé cómo explicarme, pero lo cierto es que mi corazón late y mi pensamiento...

—¿Qué hijo mío?

—Está anhelando que venga el día para trasladar al lienzo sus impresiones de esta noche.

—¡Oh! ¡hijo de mi alma! y nada de eso puede ver tu pobre madre, dijo la anciana enjugándose una lágrima.

—Pero yo se lo explicaré á usted, madre mía, yo se lo explicaré á usted de tal modo que su imaginación se lo presente de relieve. Ahora bien, voy á dar mis lecciones; Leon queda con usted; de camino me pasaré por casa del señor duque para cobrar el «Cuadro del Hambre» que hace cinco meses le vendí. Cosas de mundo, es s señores desconocen las privaciones y no saben que para mañana...

—¿Qué, hijo mío, qué?

—«Que para mañana no tendremos pan que comer, iba á decir Eduardo, pero viendo la ansiedad de su madre, continuó con dulzura:—Nada, madre mía, que para mañana seríamos nosotros felices con esa insignificante suma.

—Eduardo, dijo su madre, si no es preciso no vayas á casa de S. E.; pues ya que ellos no tienen la amabilidad de pagar, tendremos nosotros la delicadeza de no pedir.

Eduardo se levantó, besó de nuevo á su madre y salió con el corazón angustiado.

Doña Consuelo inclinó la cabeza sobre el pecho y comenzó á orar en silencio.

VI.

Laura, seis meses despues, ó sea como la hemos descrito al principio de nuestra historia, se hallaba en las habitaciones que su tía la cediera: pero en ellas no se encontraban al-

fombras, ni jarrones, ni espejos, sino un lecho blanco y limpio, á cuya cabecera se veía un crucifijo de bronce, y en el ángulo opuesto un piano, algunas sillas y una butaca de gutapercha; las colgaduras habían sido reemplazadas por cortinillas de muselina, y el papel rameado de sus paredes por otro de sin igual blancura que prestaba á aquella estancia el aspecto de una celda, pero de una celda alegre y tranquila; un canario encerrado en su jaula de alambre gorjeaba armoniosamente de cuando en cuando, y el céfiro embalsamaba la estancia con el delicioso perfume de los claveles, nardos y tulipanes que nacían de algunas macetas simétricamente colocadas en el balcón.

Laura había conseguido captarse la voluntad de su tía; merced á esto, que se le quitaran aquellos muebles magníficos; y con sus flores, sus pájaros, en aquella estancia mas blanca que el armiño, mas pura que el ambiente que lo perfumaba, se conceptuó feliz en medio de su tristeza y su desconsuelo, tranquila como una paloma en su nido. Ni una tarde ó una mañana había transcurrido en que Laura no fuese al cementerio donde reposaban las cenizas de su madre, y llorando en sutumbra, y suspirado al pie de los sauces que inclinaban su ramaje sobre las estatuas de mármol que coronaban los sepulcros. Despues depositaba en aquella un ramo de flores que ella misma había cortado de los tiestos de su balcón, y oprimido contra su pecho, y entibiado con su aliento, y salpicado con sus lágrimas que como gotas de rocío aparecían sobre sus ojos, cruzaba á paso lento aquellas sombrías calles de árboles donde el canto de los pájaros se hace mas triste, y mas lúgubre el ruido de las hojas al desprenderse de sus copas, y tornaba á su casa con el corazón mas tranquilo. Apenas saludaba á su tía, corría á su solitaria habitación, y levantando una punta de las blancas cortinillas, se estasiaba mirando al sotabanco, al través de cuyas ventanas se veía mas de una vez la hermosa cabeza de Eduardo.

Así continuaba horas y horas viendo sin ser vista, y ya una lágrima se desprendía de sus hermosísimos ojos, ya vagaba en sus labios la mas dulce sonrisa, como si su alma se viese acariciada por un sueño ó una esperanza, ya apoyando la mejilla en su mano y el brazo en la otra que cruzaba sobre el pecho, parecía meditar, abstraerse, embriagarse en el recuerdo de sus ilusiones de ayer, y de sus amarguras de hoy.

—Me mira como yo á él, sonríe como yo, sufre como yo, porque mi alma penetra en la suya y la comprende. Y sin embargo, nunca ha salido una frase de sus labios... ¡oh! yo te amo, tu presencia, tu recuerdo es el único que puede llenar el inmenso vacío de mi corazón; pero, ¡ay! tal vez no me ames, ni hayas pensado en mí: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué nos han privado los hombres hasta del derecho de manifestar nuestras afecciones?

Pensando así, Laura recibió recado de que su tía la esperaba para salir en carruaje.

—¿Cuánto mas dichosa sería á su lado, vi- viendo y aislada, que no entre esa multitud necia que se burla de los sentimientos y de las penas! ¿Y quién pondrá esta tarde las flores sobre la tumba de mi madre? ¡Pobre madre mía!

Poco despues Laura estaba en el Prado donde hemos visto acercarse el barón de...

Doña Genoveva estaba de enhorabuena.

Pronto tendría un sobrino que le aumentase sus galas y le pagase sus atrasos: estos no era mucho; el alquiler de la casa, del carruaje, del mueblaje, y el gasto de trages, alhajas y manutención...

—Sobrina mía, es preciso que seas mas amable, díjole luego que volvieron á su casa.

—Tía, perdóneme usted, pero yo soy incapaz de espresar lo que no siento mi corazón; y ser amable con Enrique, sería hacer traición á mis sentimientos.

—¡El te ama!

—Pero yo á él no.



—¿Y por qué?  
—Porque no puedo engañar á nadie.  
—Pues yo he dispuesto que te cases con él, y te casarás.  
—¡Oh! nunca, dijo Laura desobedeciendo por primera vez los mandatos de su tía.  
En seguida se retiró á su habitación.  
Eduardo estaba en su estudio.  
Al sentir el ruido de los balcones que se abrían, volvió la cabeza y se colocó en la ventana.

¡Amar sin esperanza! ¡qué martirio tan terrible! ¿Por qué no ha hecho Dios que todas las clases sean iguales para el amor?... Entonces yo me arrojaría á sus pies y le ofrecería mi corazón y mi vida porque la amo con delirio. Verdad que ella mira con dulzura, sonríe con amabilidad y parece mas pálida... Verdad también que su cuarto, sus vestidos, sus acciones mismas disienten del lujo extraordinario de su tía, y acaso... pero no, no, ella no puede amarme... yo soy un pobre pintor... un mal retratista, y sin embargo, yo no puedo vivir así.

En seguida, como si un presentimiento vago, terrible, misterioso se posase en su corazón, sus ojos se apartaron de Laura, para fijarse en la puerta, donde se detuvo un carruaje cuya portezuela se abrió dando paso á un hombre elegantemente vestido.

Doña Genoveva llamó á su sobrina.

Laura se retiró del balcon dirigiendo al joven una dulcísima mirada en que parecía decirle: «yo te amo, solo en tí tengo confianza, y ahora temo mas que nunca una desgracia horrible!»

Eduardo permaneció asomado.

A los pocos instantes vió que dos hombres saltaron del carruaje y subieron á la misma casa, mientras otro se paseaba disimuladamente por la acera.

Así esperó media hora.

Pasada ésta, como el arrancado del alma de un moribundo, como la voz del naufrago en los mares, un grito vibrante, rápido, espantoso, hirió sus oídos.

—¡Es ella! murmuró cerrando la ventana y corriendo precipitadamente á la calle.

Los caballos partieron á galope y el que se paseaba habia desaparecido.

—¡Qué haré, Dios mio, qué haré! dijo golpeándose la frente. Ah, yo me subiré á la zaga y los seguiré donde vayan y la salvaré la vida.

Parecía que algun ángel le anunciaba lo que acababa de suceder en casa de doña Genoveva. Al bajarse del carruaje aquel hombre (era el baron), volvióse hacia la ventanilla diciendo: si dentro de treinta minutos no he vuelto, subid, la puerta estará franca y podeis cumplir lo prometido; en seguida trepó las escaleras y entró en el gabinete de la supuesta marquesa.

Hablando en secreto y acto seguido, doña Genoveva llamó á Laura.

Laura apareció en la estancia y su buena tía desapareció como por encanto.

El baron se mostró fino, galante, obsequioso hasta la exageracion, tratando de seducirla por todos los medios imaginables, pero Laura cruzada de brazos en medio del gabinete, permaneció impasible y silenciosa.

Enrique se levantó dirigiéndose hacia ella, y arrojóse á sus pies como si en el corazón de algunas personas pudiese existir el elevado sentimiento del amor.

Entonces Laura se hizo atrás y llamó á su tía.

Enrique miró el reloj y se puso mas pálido que un difunto.

—No se moleste usted Laura, ni se inquiete; su tía de usted no vendrá en su auxilio porque está en mi poder y usted...

Al decir esto, dos hombres avanzaron del fondo del gabinete y se apoderaron de Laura que exhaló un grito de muerte, cayendo desvanecida sobre el pavimento.

—No perdamos tiempo, dijo el baron.

Y media hora después, un carruaje se des-

lizaba rápidamente sobre la carretera de Francia á poca distancia de Chamberí.

El rayo de la luna penetró al través de sus ventanillas, dejando ver los pálidos semblantes de Laura y Enrique, y cuya palidez revelaba en aquella la desesperacion y la agonía, en éste, el miedo, el remordimiento y el deseo.

—¡Ya es tiempo! ¡oh, sí! dijo un hombre que se encubria en la zaga como si temiese ser visto—¿pero qué haré? ellos son cuatro ¡si á costa de mi vida pudiese salvar su honra!... —Veremos.

Apenas hubo reflexionado un momento, saltó con la ligereza del gamo de la zaga al camino, del camino al estribo, y de éste al pescante sin dar treguas al cochero para que se apercibiese de lo que ocurría. Comprendió que no habia tiempo que perder, y como viese que aquel alarmado ya, se disponía á la defensa, se lanzó á él con la fuerza de un tigre que ansía devorar su presa, y agarrándole con sus dos manos por las piernas y por el cuello, le bamboleó en el aire como á un niño; en la mano del auriga y á la altura de la cabeza de Eduardo, brilló la reluciente hoja de una navaja; entonces éste alzó su diestra con extraordinaria rapidez, mientras que de un terrible puñetazo en medio del pecho le hacia caer al camino, le arrancó el arma homicida, guardándola en el bolsillo de su levita.

Derribarlo, sentarse en el pescante, coger riendas y partir á toda carrera los caballos, fue obra de un momento.

—¿Qué ocurre, cochero? ¿qué ocurre? preguntó el baron que apenas habia tenido tiempo de reparar en lo ocurrido con lo preocupado que iba.

—Nada, señor, respondió Eduardo chasqueando la fusta; un hombre ha querido detenernos, tomándose la vez en el pescante; pero le ha salido carilla la chanza, porque desde aquí ha ido al suelo y ya estará con los difuntos.

—Me alegro.

—Y yo, respondió Eduardo con acento de ira.

Y crujió nuevamente la fusta sobre el lomo de los caballos, que corrieron, rugieron, saltaron, volaron, se perdieron bajo los revueltos remolinos de polvo que brillando, oscilando, rodando y resplandeciendo á los rayos de la luna y al empuje del aire, se estendian sobre aquel fantástico grupo y le rodeaban y envolvian como una gasa de oro.

Eduardo entonó con voz dulce y melancólica aquella canción con que habia logrado alcanzar la primera mirada de los ojos de Laura...

—Es él, pensó Laura irguiéndose poco á poco en su asiento y aproximando el oído á la ventanilla para escucharle mejor.

—¡Qué cochero tan particular! murmuraba el baron.

—¡Ya es tiempo! dijo Eduardo interrumpiéndose.

Y á pocos pasos de un árbol corpulento que se mecía al pie de un ribazo cubierto de yerba, detuvo el carruaje.

—¿Sucedo algo? preguntó el baron sacando la cabeza por la ventanilla.

—Poca cosa, dijo Eduardo; y desenganchando los caballos fué á atarlos al tronco de aquel árbol, quitándole á uno la brida.

En seguida volvió y abrió la portezuela.

Laura dió un grito de alegría.

—Me han vendido, exclamó Enrique, al ver al nuevo personaje que en lugar del cochero se presentaba, y sin detenerse sacó un revolver de su bolsillo, amartillándolo y poniéndolo sobre el codo de Eduardo.

Pero instantáneamente sintió que una mano fuerte y vigorosa le arrastraba de los cabellos y que la voz se ahogaba en su garganta oprimida como por una argolla de hierro.

—Bien pesais, dijo Eduardo arrastrándole hasta colocarle entre los sembrados inmediatos: una vez allí sacó la rienda de su bolsillo y le ató de brazos y piernas con extraordinaria rapidez.

\* Laura trémula y vacilante se bajó del carruaje y se dirigió hacia Eduardo, con sus hermosos ojos bañados en lágrimas de gratitud.

## VII.

Al verla, Eduardo sintió que la sangre se agolpaba á sus sienes y su corazón latía con violencia: ¿Y que extrañeza? Eduardo, joven de imaginación poética y ardiente, de corazón noble y generoso, de alma grande y elevada, en que germinaban los mas puros sentimientos, habia hecho de Laura el bello ideal de sus ilusiones; consagrado desde su infancia al trabajo con que sostenía á su anciana madre á costa de sacrificios y privaciones, sentía deslizarse su vida, como la del naufrago perdido en la inmensidad de los mares, ó el ave errante que cruza los espacios en busca de un horizonte mas tranquilo, de un cielo mas azul, de un bosque mas solitario y frondoso, sin encontrarlo jamás.

Al cruzarse por primera vez su mirada con la de Laura, al ver aquella expresión dulce y melancólica de su rostro, en que se revelaba el dolor y la tristeza, su corazón sufría el mas inefable consuelo, los ojos de su alma creyeron hallar al través del negro velo que los envolvía, su rayo de esperanza, su estrella encantadora y grata, mucho mas que la que en una noche de tormenta, se presenta al caminante para guiarle en su camino; su alma exhaló los primeros perfumes del amor y como el ave, como el naufrago, como el caminante, corre en pos de la mas risueña esperanza. En sus sueños parecía que el genio de los amores cernía sus blancas alas sobre su frente pálida y fatigada. En su estudio, Laura, la hermosa y desgraciada Laura, era su único pensamiento, y en vano luchaba por transmitir al lienzo otras impresiones que las suyas ó pintar con suave colorido mujeres que no tuviesen el cutis moreno, y los labios sonrosados, y los cabellos castaños, y los ojos melados. ¡Oh! ¡Dios mio! la van á conocer, se decía muchas veces enojado con su propia debilidad, y sin embargo, concluía porque sus ángeles, sus vírgenes, sus aldeanas, sus heroínas y cuantas creaciones, en fin, salían de su delicado pincel tuviesen los ojos de Laura, el cuerpo de Laura, los ademanes de Laura y hasta la sonrisa de Laura. Nunca permitió que aquellas pinturas saliesen de su mano y llegó á sucederle que aunque sus cuadros eran de un mérito extraordinario nada le producían.

Cuando el sol se ocultaba en el horizonte, Eduardo salía á la ventana dejando de ver los retratos del original para estasiarse contemplando con adoración no comun en nuestro siglo, al original de sus retratos.

Desde allí veía á Laura coser, ó regar las flores, cuidar al pajarito que saltaba y gorjeaba en su jaula al escuchar la voz de su ama, y con una mirada, con un suspiro ó una sonrisa se encontraba satisfecho, casi feliz... El amor verdadero es tímido, y Eduardo no se habia atrevido á dirigir á Laura ni un saludo siquiera; temía, temblaba, se estremecía á la sola idea de que ella no le amase, como ella lloraba y se entristecía á la sola idea de que éste no la amase; y sin embargo, aquellas dos almas puras, inocentes, nacidas la una para la otra, se confundían, se mezclaban, se adoraban entre sí, con el elocuente lenguaje de los suspiros, de las sonrisas y de las miradas... Si Eduardo veía á Laura salir en el carruaje, la seguía con la vista hasta perderla, y después se fijaba en el balcon de su cuarto.

—¡Pobre Laura, cuánto debe sufrir! y viendo que el ramo de flores que Laura ponía diariamente sobre la tumba de su madre, estaba cortado sin que nadie lo llevase, decía:—¡Oh, adorada mia! hagamos lo que tú no puedes hacer; y se ponía el sombrero, besaba repetidas veces á su madre, cortaba el ramo de flores de los tiestos que ésta tenía en la ventana de su cuarto, dirigiéndose con paso rápido al cementerio.



Llegaba, oraba al pie del sepulcro de la madre de Laura como ella solía hacerlo periódicamente, depositaba las flores nuevas y fragantes y besaba con religioso fervor las flores mustias que Laura había regado con sus lágrimas y oprimido contra su corazón, y se volvía, cuidándose de que no le viera, porque los corazones buenos ni conocen generalmente la grandeza de sus acciones ni gustan de alabanzas.

Esto casualmente era lo que había ocurrido á la hora en que Laura salió con su tía de paseo.

Cuando ella volvió acababa de llegar él del cementerio con la frente cubierta de sudor por si Laura estaba á su balcon y le veía...

Y por la noche, en medio de los campos, á

la luz de la luna vió que Laura se le acercaba triste y reposada, como el ángel de los sepulcros, creyó que Dios había escuchado sus oraciones y la enviaba en nombre de su madre para vengarla...

—¡Laura!

—¡Eduardo, cuán desgraciada soy!

Estas dos frases se escaparon instintivamente de sus respectivos labios, y un torrente de lágrimas entre sollozos y suspiros bañó sus pálidos semblantes...

Una nube sombría oscureció la frente de Eduardo que, silencioso y con los brazos cruzados sobre el pecho, tendía su mirada alrededor como si pretendiese descubrir al través del velo de fuego que le envolvió en aquel lamento, en aquel grito que, partiendo de los

labios de Laura, penetraba en su corazón, como la hoja de un puñal, algún dolor mayor que todos los dolores, que todas las desgracias, que todos los horrores del mundo, *la deshonra*, baldon que caía sobre la pura frente de su amada como la sangre de los mártires sobre la tierra, sin que pudiera lavarla ó extinguirla otra cosa que la mano que la derramó...

—Perdone usted señorita, dijo Eduardo sacudiendo de su estupor y con visible turbación; perdone usted si de modo tan brusco y poco galante me presento á su vista; pero estaba en casa *á la ventana como otras veces*, cuando creí escuchar un grito de muerte salido de ese pecho: entonces sentí en el mío la angustia que se siente cuando sufre la persona que mas



—¡Caballero! dijo Laura sorprendida.

cerca... ó con mas frecuencia ve uno entre sus vecinos, me lancé á la calle, y corrí en pos del carruaje donde se llevaban á usted Laura, que es el alma de... su tía, y que ha devuelto mas de una vez la felicidad y la alegría á corazones que lloraban en silencio y que acaso no se avergonzarian de llorar en presencia de usted...

—¡Eduardo!

—Ahora bien, señorita, si el atropello ha sido de mi parte, perdóneme usted una y cien veces y aquí me tiene usted á sus pies dispuesto á recibir el castigo que haya merecido... pero si esto es un rapto como imagino, dígame usted quién es el culpable y me beberé su sangre.

—¡Ah Eduardo! cuán generoso, cuán bueno es usted, pero somos muy desgraciados. ¿No es verdad?

—Llore usted señorita, llore usted, el llanto es el único consuelo de los corazones que sufren: ojalá que el mío pudiese verter en este momento torrentes de lágrimas, porque siento... no sé lo que siento... yo que nunca ambicioné riquezas, ni placeres, ni honores, que con ganar el sustento para mi desgraciada madre, ciega hace quince años (¡acaso de llorar!)

me conceptuaba feliz, hubo tambien un dia en que el sentimiento de la ambicion se levantó en mi espíritu, sin que nada bastara á satisfacerle porque mi corazón, señorita, no ansiaba gloria ni oro, ni reposo, ansiaba... ¡amor! En el mundo nadie comprendía mis sentimientos, se reían de mi tristeza, se burlaban de mis lágrimas, y se mofaban de mis desventuras... y sin embargo, mi corazón amó, y amó como acaso usted comprenderá.

—Sí, sí, pero usted es mas feliz que yo... porque si usted ama, es prueba de que ha encontrado ya la persona que deposite en su corazón los secretos, los sentimientos y las afecciones de su alma.

—Tal vez, y sin embargo, nada me he atrevido á decirle.

—¿Y por qué? ¿acaso no es usted digno del amor porque es desgraciado?

—¿Y qué podía ofrecerle mas que penas continuadas y largas miserias!

—Eduardo, el arte ennoblece, el trabajo honra las acciones, se premian, y la mujer no está obligada á exigir mas que cariño, solo cariño ¿me comprende usted?

—¡Oh! sí, sí... dijo Eduardo ébrio de felici-

dad... pero yo puse mis ojos tan altos que al pretender llegar hasta allí hubiera caído como leño abrasado en los rayos del sol que me deslumbraba, pagando mi atrevimiento con la vida...

—Entre dos almas que se aman no existen distancias ni clases; además, ¿qué sabe usted si esa mujer que usted juzgaba de tal modo, en vez de rechazarle le hubiera tendido una mano cariñosa?

—Pues bien, Laura, yo... adoro á usted con toda mi alma...

—Ay Eduardo, ¿por qué no me lo dijo usted ayer?

Y Laura apoyó su temblorosa mano en la de Eduardo, y los dos cuando debían conceptuarse felices, lloraron, gimieron, suspiraron bajo el peso de su doble desgracia.

Este, porque comprendió la terrible verdad de su presentimiento.

Aquella, porque veía huir sus ilusiones, su amor, su felicidad, como la flor de su inocencia, que el baron acababa de arrebatarse.

Eduardo, que recogió toda la importancia de las amargas frases de Laura, corrió hacia el baron, le desató las ligaduras y tomó una



de las dos pistolas que aquel amartilló para asesinarle...

—Frente á frente, señor baron, y uno de los dos...

Laura dió un grito de espanto, corrió hacia él, y le arrancó el arma de la mano.

Enrique estaba pálido como un difunto, y era tal el respeto que aquel hombre le infundía, ó tanta la fuerza de su remordimiento, que le faltó valor para asestarle un pistoletazo.

—Por Dios, Eduardo, esclamó Laura cayendo de rodillas á sus pies; máteme usted antes de que el mundo sepa mi deshonra.

Eduardo reflexionó un instante.

—No lo sabrá, yo lo juro... contestó con sombrío y cavernoso acento, y dirigiéndose á Enrique, continuó... Señor baron, es necesario que usted se case con Laura antes de ocho dias, aunque despues se levante la tapa de los sesos.

—¡Oh no, eso no! murmuró Laura con profunda amargura.

—Mire, Laura, que su madre nos mira desde el cielo...

Reinó un profundo silencio.

—Consiento, dijo el baron...

—Por piedad, no me abandone usted dijo la desgraciada jóven al oído del pintor.

Nada contestó Eduardo, porque el pesar le embargaba la voz.

Una hora despues Laura estaba en casa de su tia, y el baron, sentado á una mesa del Suizo, donde á fuerza de ron y panetelas, quería desechar el último recuerdo de los azares de la noche.

### VIII.

Apenas entró Eduardo en su habitacion, dejóse caer en un sillón, y con la frente entre sus manos, permaneció silencioso y pensativo. A cada instante se hacia mas intensa la palidez de su semblante, y sin embargo, su espíritu, fuerte y virtuoso, su pensamiento, que poco antes comprendió la descarnada y triste rea-



ANTIGÜEDADES.—Mujer toledana.

lidad de las palabras de Laura, avasallando al corazón en sus únicos momentos de felicidad, parecía gozarse en su desesperacion y su desgracia, y no le dolía pensar en ella si lograba un medio que salvase la honra de la

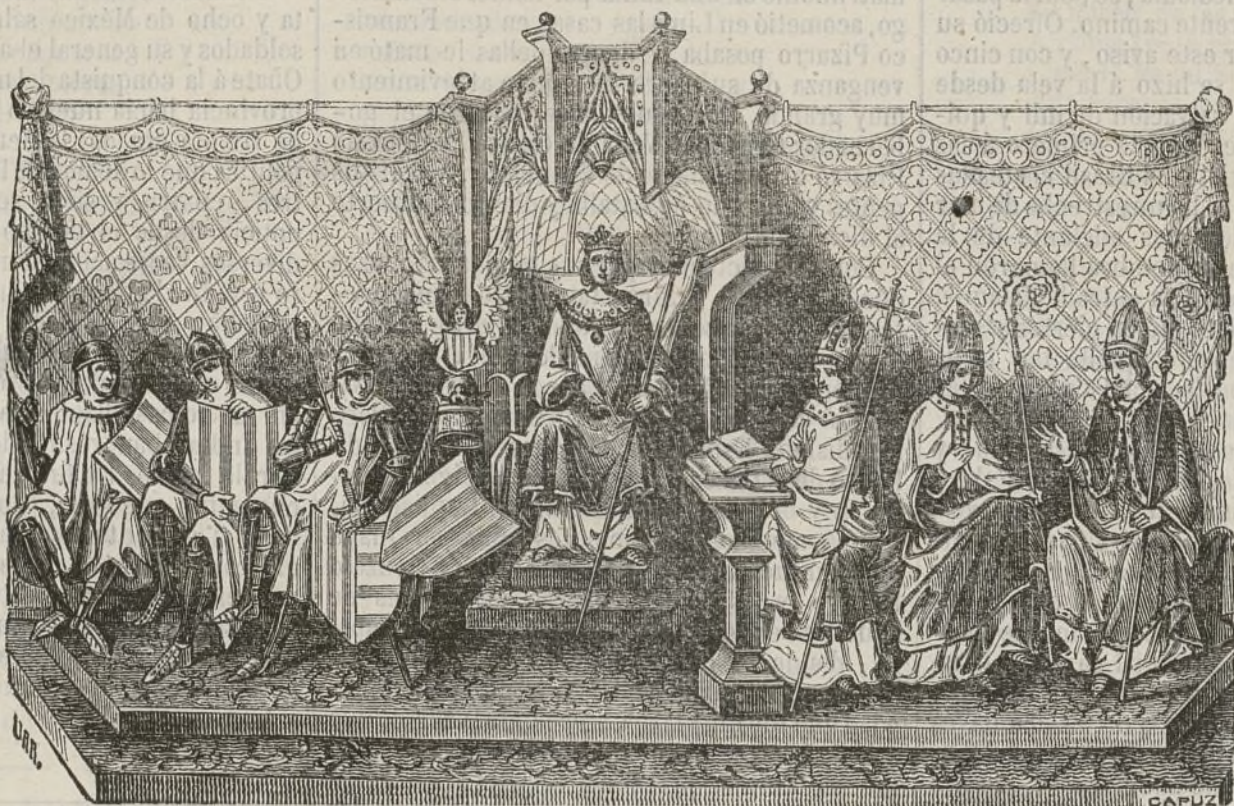
inocente colegiala. De haber muerto á un miserable, se decía, Laura quedaria á descubierto, y no la bastaria mi amor para enjugar sus lágrimas, y...

Por otra parte, Eduardo observaba que lo mismo hubiese resultado muriendo ellos dos... ¡Cuán cruel era para él en aquel instante la Providencia!... Cuando el perfume de su amor penetraba en su espíritu como el suave aroma de aquellas flores que él recogía y guardaba y besaba repetidas veces porque venían de la mano de Laura, cuando iban á realizarse sus mas halagüeñas esperanzas, su corazón, su pobre corazón, se desgarraba en silencio, su cabeza ardía, estallaban sus sienes, porque la lucha que sostenía su alma era superior á sus fuerzas... «¡Dios mio! ¡salve yo á Laura y quitadme despues la vida!» y en aquel instante pareciale que ella le gritaba: ¡vida mia, amor mio, Eduardo, no me abandones; nuestra vida es una larga serie de sufrimientos, y acaso un dia brillará la aurora de nuestra felicidad!... «Quién sabe... murmuraba él como si respondiese á aquella voz misteriosa... pero entre tanto, solo Dios pudiera comprender su inmenso sacrificio y su abnegacion... Tenia que salvar la honra de Laura, y para ello decir á aquel miserable: toma, ahí te envío mi corazón, mi alma, mi vida acaso... te entrego la mujer que mas idolatró en el mundo... la miro en tus brazos como la azucena que el huracán troncha y deshoja y mancha sobre el cieno de los arroyos... y sin embargo, te protejo porque no te mato, y no te mato porque no soy tan infame como tú... pero seguiré tus pasos, me hallaré donde te halles, y espiaré tus acciones hasta que llegue el dia de la venganza, que ha de ser tan terrible como tu crimen...

Así pasó la noche. La vaga luz del crepúsculo matutino penetró al través de las ventanas, y el primer trino de las aves sacó á Eduardo de su letargo.

Entonces se asomó á la ventana.

Laura estaba ya en el balcon.



Promulgacion de las leyes palatinas por don Jaime III de Mallorca. (Tomado de la portada original.)

Los dos habian velado.

En sus semblantes, en sus ojos se pintaban las huellas del insomnio y su mutua resignacion.

Laura hizo un esfuerzo por sonreirse, pero de manera tal, que en ella se revelaba toda su desesperacion, toda su desgracia.

—Laura, confianza en Dios, parecia decirle Eduardo en una dulcísima mirada llena de amor y tristeza.

Y en dos horas que permanecieron así, cada mirada fue un juramento de eterno amor, cada

suspiro una armonía arrancada de sus almas, cada sonrisa una prueba de los sentimientos de aquellos dos corazones nacidos para amarse y separados por el destino.

Entre tanto doña Genoveva estaba satisfecha, las cosas venían á pedir de boca, y sus deudas iban á ser pagadas, porque el rapto y la desgracia de su sobrina habia sido previsto de antemano, y necesitaba una recompensa.

(Se continuará.)

### DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS

OCCIDENTALES.

(CONCLUSION.)

Resultó de las navegaciones de Colon y de Américo cierta diferencia entre Castilla y Portugal á causa que el Portugués pretendian pertenecerle por concesion de los pontífices, y en particular de Eugenio cuarto, todo el descubrimiento del Nuevo Mundo. El rey de Castilla



en contra alegaba una bula de Alejandro sexto, en que el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres le concedió que tirada con la imaginación una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hespérides que hoy se llaman del Cabo Verde, todo lo que desde aquella línea se descubriese hacia el poniente fuese suyo, y que al Portugués quedase todo lo demás. La cual concesion poco despues modificó con otra nueva bula, en que mandó que la dicha línea de la demarcacion se señalase otras trescientas y setenta leguas mas adelante hacia el poniente, y esto para efecto que el Brasil de nuevo descubierto se comprendiese dentro de la conquista de Portugal.

Gerónimo Osorio obispo de Silves en la vida del rey don Manuel afirma que la dicha línea se señaló por la imaginación treinta y seis grados al poniente mas adelante del meridiano de Lisboa. Lo cierto es que deste asiento que tomaron, resultó otra nueva contienda, porque los Castellanos pretendian que las islas Malucas, de donde viene la especería, se comprendian en la mitad del mundo que les fue consignado en aquel repartimiento. Los Portugueses niegan todo esto, y por los eclipses de la luna que es el solo camino que hay para medir la longitud de la tierra, dicen estar observado que la boca del rio Indo dista de Lisboa por espacio de noventa grados y no mas, desde do hasta el meridiano, que se señala con la imaginación por lo postrero de las Malucas, hay cuarenta y dos grados. A la cual suma, si añadimos los treinta y seis grados mas adelante de Lisboa principio de la conquista de Portugal, aun no vendremos á cerrar con los ciento y ochenta grados que tiene la mitad deste grande globo y mundo; cuya longitud se divide en trecientos y sesenta grados.

Y consta que Fernando de Magallanes de nacion Portugués por queja que tuvo de su rey de no le haber recompensado bastantemente los servicios hechos en la India Oriental en que estuvo largo tiempo, despues de la muerte del rey don Fernando el Católico, persuadió al rey don Carlos su nieto, que siguiendo la derrota entre poniente y mediodía, se podría pasar á las Malucas por diferente camino. Ofreció su industria para ejecutar este aviso, y con cinco naves que le dieron, se hizo á la vela desde Sevilla año de nuestra salvacion de mil y quinientos y diez y nueve. Aportó primero á las Canarias: desde allí á vista del Brasil costeadas todas aquellas riberas, halló un estrecho de mar cincuenta y tres grados mas adelante de la equinocial, el cual de su nombre llamaron el estrecho de Magallanes. A la entrada de aquel estrecho una de las naves dió en ciertos riscos y se abrió: otra cansada de aquella tan larga y tan pesada navegacion de noche alzó las velas y dió la vuelta á Sevilla.

Con las otras tres naves pasó el estrecho, y despues de muchos dias en una isla que descubrieron, llamada Zubu, fue muerto alevosamente por los bárbaros con algunos otros sus compañeros. Los demas por falta de marineros y jarcias, puesto fuego á la una de las tres naves, con las otras dos últimamente apostaron á las Malucas. Hicieron su carga en la isla de Tidor para muestra de las riquezas que allí hallaron, y porque la una de las dos naves hacia agua, se perdió. La otra sola que quedaba, por diferente camino que habia traído, pasado el cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla tres años despues que de allí partiera. La nave se llamaba Victoria, el maestre Juan Sebastian Cano, vizcaino de nacion ó guipuzcoano, natural de un pueblo llamado Guetaria; que por su grande constancia y dicha nunca oída de haber rodeado todo el mundo, merece que su nombre quede immortalizado.

Probaron otros los años siguientes una, segunda y tercera vez á hacer aquella navegacion; pero porque el provecho no era conforme al trabajo, últimamente desistieron della, especial que el rey don Juan de Portugal prestó al emperador don Carlos trecientos y cincuenta mil ducados con condicion que así él como descendientes se apartasen de aquella demanda has-

ta en tanto que hobiesen restituido aquel empréstito. En este tiempo del todo se ha sosegado esta contienda por haber toda España reduciéndose debajo del poder y mando de un monarca y señor universal.

Pasado aquel estrecho de tierra que dijimos hacia el mar del Sur, á la mano derecha está situada la nueva España con su ciudad de México, asentada á la sazón en una laguna y cabeza de aquellas provincias. Donde y en las provincias comarcanas era muy poderoso y muy gran señor de muchos y de muy grandes reinos el emperador Motezuma, al cual Hernan Cortés el año de mil y quinientos y veinte prendió dentro de su mismo palacio: notable resolución. Y muerto que fue por los suyos con una piedra que acaso le tiraron á una ventana á que se asomó para apaciguallos, sujetó aquellas muy anchas provincias al emperador don Carlos: para sí ganó inmortal renombre; á sus descendientes los marqueses del Valle dejó en aquellas partes de México aquel muy rico Estado.

A mano izquierda del estrecho y de Panamá Francisco Pizarro el año mil y quinientos y veinte y cinco descubrió el Perú, y seis años adelante con prision y muerte que dió á Atabalipa señor de aquellas tierras, le sujetó; que es la mas rica provincia de minas de oro y de plata de cuantas se han descubierto, en tanto grado que todo el menaje de las casas hasta las ollas y las calderas eran destos ricos metales. El despojo que fue muy grande, y la presa dividió Pizarro con Diego de Almagro su principal compañero en aquella conquista, y con los demas no como fuera razon; y sin embargo á cada uno de los soldados ordinarios cupieron nueve mil ducados, que fue la mayor presa y botin que jamás se ganó: los soldados eran como trecientos, que en una batalla vencieron á mas de cien mil Indios. De la abundancia nació la soberbia y demasía, ca Hernando Pizarro hermano de Francisco Pizarro por entender que Almagro públicamente se quejaba del agravio, y trataba de vengarse, le dió la muerte. Un hijo de Almagro habido fuera de matrimonio en una India por nombre don Diego, acometió en Lima las casas en que Francisco Pizarro posaba, y dentro dellas le mató en venganza de su padre. Fue este atrevimiento muy grande. Por vengalle se juntaron el gobernador Cristóbal Vaca de Castro, y Gonzalo Pizarro otro hermano de Francisco, y con sus gentes vencieron en batalla y dieron la muerte al dicho don Diego.

Con esta victoria y por sus muchas riquezas quedó Gonzalo Pizarro tan ufano, que pretendió hacerse señor de aquella tierra. Acudió desde España por mandado del emperador primero Blasco Núñez Vela con nombre de virey, al cual prendieron y mataron en el Peru los mismos Españoles. Despues el licenciado Pedro de la Gasca, dado que era clérigo de profesion y del consejo de la general Inquisicion, sosegó aquellos movimientos mas por maña que con fuerzas: castigó é hizo morir á Gonzalo Pizarro y las demas cabezas principales de aquellas revueltas. Hecho esto, volvió á España, donde fue obispo primero de Palencia, y despues de Sigüenza hasta lo postrero de su edad que fue muy larga. Hernando Pizarro, que solo de los tres hermanos quedaba vivo, estuvo mucho tiempo preso en España, ca antes que su hermano se levantase, vino para dar razon de la muerte de Almagro, primera ocasion de aquellas revueltas. Por esta manera castigó Dios la muerte dada contra razon al emperador Atabalipa, sin dejar ninguno de sus enemigos que no fuese castigado, y las riquezas mal ganadas perecieron juntamente con sus dueños.

Las costumbres de todas estas gentes que descubrieron en aquellas partes, eran estrañas y todas las mas cosas muy estraordinarias. Los animales, las aves que se crían de muchas raleas y muy vistosos colores: los peces, los árboles, las yerbas todo estraño y de lo de acá diferente. No tenían letras: notable mengua. No usaban de moneda ni de peso. No sabian

fabricar naves con sus jarcias, velas y gobernalles: solo navegaban en burchas como artesas, cabadas en un solo madero, que llaman ellos canoas. Para el vestido y arreo no tenían lino, lana, ni seda: sus telas y ropa de algodón, que seda muy bien en la tierra sin teñillo de diferentes colores. Carecerian del uso de hierro, de las armas y herramientas que dél se forjan: de trigo y de molino para moler su maíz, que es el grano de que se sustentan. Faltáballes aceite y vino de uvas, si bien las producía de suyo la tierra, y ellos usaban de otros brebages de diversas maneras para sus borracheras á que son muy dados. Del sebo y de la cera no sabian hacer candelas para alumbrarse. Ningunas bestias de carga ni para cabalgar, no carros ni literas. Sacrificaban hombres cautivados en guerra y esclavos en número tan grande que se tiene por cierto en sola la ciudad de México pasaban de veinte mil por año, cuya carne comian sin asco ninguno. Casaban con muchas mujeres, y sin escrúpulo usaban del pecado nefando: tan sucios y deshonestos eran. Su trage muy diferente, y por la mayor parte desnudos. Gran bien les hizo Dios y gracia en traerlos á poder de cristianos, y para que los buscasen y conquistasen, repartir con ellos con larga mano el oro y la plata en tanta abundancia: cebo para codiciosos; sobre todo dalles su conocimiento para que dejada la vida de salvages viviesen cristianamente: mas merced fue sujetallos, que si continuaran en su libertad.

Adelante se descubrió el Chile hacia el mar del Sur y polo Antártico, do hallaron Indios belicosos y malos de sujetar; y hacia nuestro mar, pasado el Brasil y el rio de la Plata, el Paraguay y el Tucuman que se estiende hasta el estrecho de Magallanes. Las Philipinas, islas no lejos de la China, con diversas ocasiones se descubrieron, y llamaron así del nombre de don Philipe segundo rey de España. La de Luzon que es la cabeza, con su ciudad Manila conquistó el adelantado Migue Lopez de Legaspi á diez y ocho de mayo año de mil y quinientos y sesenta y dos.

Últimamente el año mil y quinientos y noventa y ocho de México salió un buen número de soldados y su general el adelantado don Juan de Oñate á la conquista del nuevo México. Cae esta provincia hacia nuestro polo en altura de mas de treinta grados: la tierra fértil, la gente mas política que lo demas de las Indias, las casas de tres, cuatro y siete sobrados. Teníase della noticia desde el tiempo de Hernan Cortés, y diversas veces acometieron á conquistalla, pero esta fue la de mas consideracion. Del suceso della y todo el efecto que se hizo, que para tanto ruido fue corto, el capitán Gaspar de Villagra que se halló presente, escribió un libro en metro castellano. De la conquista toda de las Indias han resultado provechos y daños. Por lo menos las fuerzas flaquean por la mucha gente que sale, y por estar tan derramadas: el sustento que la tierra nos daba, y no mal con sus frutos, ya todos los años le esperamos en gran parte de los vientos y de las olas del mar: el príncipe mas necesidades que antes por acudir forzosamente á tantas partes; la gente muelle por el mucho regalo en comidas y trages.

MARIANA.

#### EL JARDIN DE IRENE.

(TRADICION ÁRABE.)

##### I.

Dijo Shedad, el tirano que gobernaba la Arabia. —He de formar un jardín, que esceda en riqueza y gala al edén que el gran Profeta dá á los hijos de su gracia. De oro, perlas y diamantes en el centro habrá un alcázar, tan hermoso como nunca soñó en su delirio el alma.



## II.

De las lejanas regiones  
de todo el árabe reino,  
al magnífico Shedad  
presurosos acudieron,  
los hombres mas entendidos,  
los mejores arquitectos,  
que tomar parte debían  
en la construcción del régio  
edificio portentoso.  
El monarca de los griegos,  
el de Ormuz y otros caudillos,  
enviaron de sus pueblos  
el oro y las finas piedras  
que disponibles tuvieron.  
Ladrillos, de blanca plata  
eran, y de oro bermejo;  
empleando igual materia  
en el cóncavo del techo.  
Matizaban las paredes  
adornos formando bellos,  
muy ricas piedras preciosas;  
y cubria el pavimento  
fuerte almizcle, ámbar suave  
y otros perfumes diversos.  
Terminóse el edificio;  
el príncipe quiso verlo,  
y salió con grande pompa  
de la capital del reino,  
por la corte acompañado  
y numerosos guerreros.

## III.

Al través de ricos prados  
cubierto de fruto y flores  
de diferentes colores  
y de aroma embriagador;  
marcha Shedad, anhelante  
de admirar el delicioso  
mágico eden venturoso  
de placeres y de amor.

¡Desventurado! No, escucha  
del pueblo la amarga queja  
que llorando triste deja  
mientras él corre á gozar.  
Pero desprecia inhumano  
del vasallo los clamores  
y sus continuos dolores  
y su eterno sollozar.

El rey en tanto, camina  
y de llegar impaciente,  
con la espuela bruscamente  
el corcel aguijonó.  
Mas un objeto mirando,  
su faz ha palidecido  
y de su pecho oprimido  
un suspiro se escapó.

## IV.

De brillante aureola rodeado  
el rostro sin color, grave y severo,  
un ginete aparece cabalgado  
sobre árabe bridon, audaz y fiero;  
que desde el monte al aromoso prado  
al escape descende, tan ligero,  
que ni aun hiere la arena ó piedra dura  
con la corva señal de la herradura.

La negra cruz tendida lleva al viento;  
el freno tascó la espumante boca;  
exhala fatigado el fuerte aliento;  
su pie nervudo el suelo apenas toca;  
y veloz, mas veloz que el pensamiento,  
rápido salva la musgosa roca,  
sin que paren su indómita carrera,  
el rugir del torrente ó de la fiera.

## V.

Cual hoja seca  
que desprendida,  
vuela impetida  
por huracán.  
Como las aguas

del fiero río  
con loco brio  
huyendo van;

asi ligero,  
camina osado  
el desbocado  
negro bridon.  
El rey lo mira,  
y palidece;  
y se estremece  
su corazón.

Ya se detiene;  
menos ligera  
es la carrera;  
que al fin cesó.  
Ya se desmonta  
el caballero,  
y con severo  
acento, habló

estas palabras  
al inhumano  
rey soberano,  
infel Shedad,  
que tembloroso  
con vacilante  
voz anhelante  
dijo—¡piedad!

## VI.

—El ángel de la muerte  
soy, que por tu alma vengo—  
gritó el incógnito, y con mano fuerte  
la rienda coge al piafador caballo,  
que con el duro callo  
furioso levantaba  
la leve arena y hacía atrás la echaba.  
—Shedad, has despreciado  
los amargos gemidos  
del árabe pueblo desgraciado.  
En tanto que él yacía  
sufriendo privaciones,  
feliz gozaba en bulliciosa orgía  
su miserable rey  
estraño á toda pena,  
sin arrancar á su infelice grey  
del tiránico yugo la cadena.  
Mas ya la hora sonó de la venganza:  
el monarca de reyes  
que señaló en sus leyes  
eternas, inmutables,  
gloria al justo, castigo á los culpables,  
destina á tu alma impura  
del agudo tormento la amargura.

El ángel dice; y de la corva silla  
baja el rey asustado, tembloroso;  
súbito su rodilla  
se doblega; un suspiro doloroso  
su pecho triste exhala, cae por tierra,  
y por siempre á la luz los ojos cierra.  
Y el ángel de la muerte levantando  
en el éter su vuelo,  
veloz fué elebando  
hacia las cumbres místicas del cielo.

A. JEREZ PERCHET.

## LA AZUCENA.

## I.

Une lointaine plage  
t'enlève à mes regards, t'arrache à mes amours,  
lorsque tu reviendras pour un plus long voyage  
moi, ne t'enlève point, mais pour toujours?  
(Amours d'un Page.)

## A. C.

He oído una espresion que dice:—Escribir  
es hablar con los ausentes.

Por eso te escribo. Quiero hablarte y qui-  
siera que pensaras en mí.

Hablar es recordar; ¿y sabes lo que es el  
recuerdo?

El recuerdo es el cristal  
por donde los ojos miran,  
los objetos que alejados  
tenemos de nuestra vista.

¿Comprendes ahora por qué te escribo?  
Pero lo que sin duda no comprendes, es  
cómo conseguiré un recuerdo tuyo.

Lee estas líneas, pues según un notable  
orador, leer es pensar con los que fueron.

Yo no pertenezco á los que fueron; mas  
¿quién sabe si he dejado de existir para tu  
pensamiento?

¿Será posible?

Mil veces te bendije  
vertiendo por tí lágrimas,  
y rotas en pedazos  
del corazón las alas

¿Habrás correspondido mi llanto olvidán-  
dome?

No importa; yo no te olvido; pienso en tí  
y en los días que pasé cerca de tu lado.

¡Pobre loco!—¡Es tan triste un recuerdo de  
ventura pasada!

Nessun maggior dolore,  
che ricordarsi del tempo felice  
nella miseria.

¡Tenia razón el poeta italiano!

Tal vez rueda en tus labios una sonrisa.

¿Deberé esclamar con Lamartine:—¡Hasta  
el recuerdo huyó sin dejar huella?

Rie, rie... yo en tanto, lloro y repito las  
palabras de Jokelin.

¡Oh coulez! ¡Oh coulez! Mon cœur, épanche-toi!  
O terre, bois mes pleurs! ces pleurs, c'est encor moi!

Eres la vida de mi alma. Necesito pensar en  
tí, y canto estas estrofas de una poesía fran-  
cesa.

Que fant'—il à l'espace?

C'est le vol du coursier

A la brise qui passe?

La fleur de l'amandier

Au flot calme et limpide?

C'est le reflet des cieux

A mon regard timide?

Le miroir de tes yeux.

A l'âme triste et sainte?

C'est la foi du Seigneur

Aux accents de ma plainte?

C'est l'écho de ton Cœur.

Te dedico este artículo porque hablo en él  
de una flor, y tú eres la flor que adoro.

¿Te gustan las flores, C...?

¡Amalas mucho!

«La flor, dice Chateaubriand, es la amable  
»hija de la mañana: el encanto de la primave-  
»ra, el manantial de los perfumes, la gala  
»brillante de la Virgen, y el amor del poeta:  
»pasa rápida como el hombre, pero entrega  
»blandamente sus hojas á la tierra.»

Alfonso Karr, escribe:

«Imposible me parece que aborrezcais las  
»flores: imposible que no abriguéis de vez en  
»cuando el deseo de aliviar la suerte de aque-  
»llas que amarillean y mueren presas entre  
»cristales... ¿No cobraris afición á la planta  
»que florece dos, tres veces en vuestros bal-  
»cones, á la que os comunica suavísimos per-  
»fumes?»

No hay duda que las flores pueden compa-  
rarse á la humanidad.

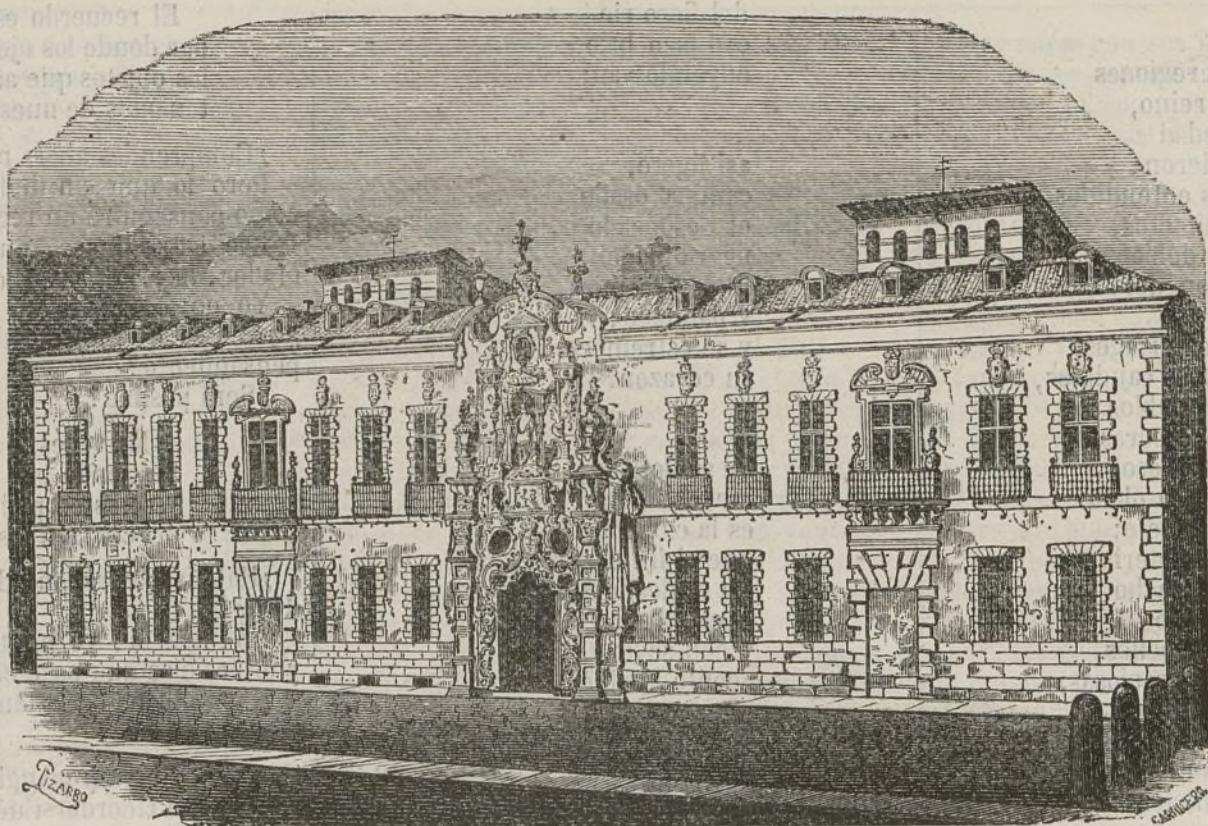
Ellas son el reflejo de sus pasiones; tienen  
sus inclinaciones, sus encantos y sus defec-  
tos; y hasta el color de las hojas viene á ser  
como el rostro ó la mirada, el espejo del alma.

El clavel rojo, con su fuerte aroma y su  
espléndido color, ¿no es quizá la imagen de  
las pasiones tumultuosas ó del carácter indo-  
mable?

La violeta que nace humilde en el fondo de  
un valle, representa el alma pura y modesta.  
No busca el brillo de los jardines: huye de las  
flores; se cubre con una veste oscura, y vive  
y muere ignorada entre las plantas silvestres.

La dalia se adorna con numerosos pétalos  
que forman un tocado rico y magestuoso. Des-





VISTAS DE MADRID.—El Hospicio.

precia á las demás flores, que apenas alcanzan á su tallo, y nos da la idea de la fatuidad. Su belleza consiste en su aspecto exterior, pero carece de perfume.

La camelia aristocrática es el tipo de la fortuna. La moda la ha colocado en un trono, y puede ser que mañana pierda su imperio, que debe al capricho de la suerte, y no al mérito ó la hermosura.

La azucena es el símbolo de la fuerza.

En el lenguaje de las flores cada una tiene su significación mas ó menos exacta; pero ninguna expresa tan perfectamente como la azucena la cualidad que se le atribuye.

Y es porque la azucena es blanca, y este color se encuentra en los objetos de mas ideal pureza.

La primera luz del día es blanca.

El rayo de la luna que alumbra las viejas ruinas es blanco.

La nieve que cubre el campo de una sábana estendida; la espuma del mar que finge primorosos encajes en la arena de la playa; el manto nupcial de la joven; la corona fúnebre que ciñe la frente sin vida de la virgen, tienen este mismo color.

## II.

Varias son las especies de azucenas en la floricultura, pero todas podemos reducirlas á cuatro secciones.

### PRIMERA SECCION.

#### AZUCENA DE FLORES BLANCAS.

Azucena blanca. (*Lilium candidum*.)

De origen desconocido.—Cada tres ó cuatro años cuando las hojas están desecadas, se las levantan para separarle los pequeños renuevos, que se vuelven á sembrar á 0,14 centímetros de profundidad, á fin de tener flores en el año siguiente.

Azucena del Japon (*L. Japonicum*.)

Flores solitarias en el extremo del tallo, inclinadas horizontalmente, afectando la figura de un embudo (1). Tierra franca.

Azucena de flores largas. (*L. longiflorum*.)

Semejante á la anterior.

(1) Infundibuliformis.

Azucena Broun. (*L. Brounei*.)

Del Japon.—Flores hermosas; tierra llena, franca y ligera; no necesita abrigo en el invierno.

Azucena Walich. (*L. Walichia*.)

De la India.—Flores grandes y anchas, aisladas en el extremo de los tallos.

Azucena gigantesca. (*L. giganteum*.)

Flores dispuestas en un racimo. Tierra húmeda y ligera; á medio sol.

(Se continuará.)

### LO COMPRENDO.

#### LETRILLA.

Que Tomás haga la corte  
A la deforme Leonor  
Y que no sea el amor  
de su pretension el norte  
Y si su dote estupendo,

Lo comprendo.

Que el pollo don Evaristo  
Por lucir su erudicion  
Pretenda que Salomon  
Era un poeta muy listo  
Y autor de un templo tremendo,

Lo comprendo.

Que estudiante sin chirúmen  
Y sin asistir á clase  
Por aprovechado pase,  
Gracias mil, no á su cacúmen  
Sino á don Blas ó don Mendo,

Lo comprendo.

Que el militar don Fulano,  
Sobrino de cierta tia,  
Ascienda en secretaria  
Mas que en campaña Zutano,  
Y aun se queje del creciendo,

Lo comprendo.

Que por salir diputado  
Un político ambicioso  
Haga con afán el oso  
Por el gobierno escudado  
Que fiel lo va proponiendo,

Lo comprendo.

Que al salir Luis de la escuela  
En un periódico escriba  
Y por tal medio consiga  
Lo que neciamente anhela,  
La conciencia al fin vendiendo,

Lo comprendo.

Que haga versos don Pascual,  
Notablemente perversos,  
Y que dedique los versos  
A un ministro ó un general,  
Fortuna así consiguiendo,

Lo comprendo.

Que se altere la armonía  
de éste ó del otro partido  
Y que al país aburrido  
Le tenga tal tontería,  
La ambicion el coco siendo,

Lo comprendo.

Y por fin que esta letrilla  
Logre aburrir á cualquiera  
Por lo vulgar y coplera,  
Es cosa mas que sencilla,  
Pues yo que la estoy haciendo,

Lo comprendo.

PEDRO F. REYMUNDO.

### ARMONÍAS.

#### I.

Con un aplomo que aterra  
ha dicho un sabio profundo;  
que nada hay nuevo en el mundo  
y todo es breve en la tierra.  
Y á esto á contestar se atreve  
quien á nombrar no me atrevo:  
que todo en el mundo es nuevo  
pues todo en la tierra es breve.

#### II.

Dijo Ciceron, y es cierto,  
pues su máxima es probada:  
que la vida es un concierto,  
¡y el mundo una cencerrada!

A. R.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathcu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.